

REPERTORIO AMERICANO

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 16 DE JULIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Por la autonomía de Centro América ⁽¹⁾

Al Dr. RODOLFO ESPINOSA R.
Al patriota y al amigo.

CONCIUDADANOS:

I. Se ha repetido, en diversos momentos históricos, que la Unión Nacional es la causa ÚNICA por la que se debe luchar y morir en Centro América.

Yo soy unionista por las ideas y por el corazón. Lo he sido, con absoluta sinceridad, desde mi infancia: lo seré hasta que muera.

Pero hay entre nosotros una causa más alta que la Unión; más humana, más noble, más trascendental, más digna de ofrendarle la vida: la causa de la Autonomía. Antes de unir debemos existir. Esta es la firme base de todo ideal patriótico. Lo demás es secundario.

II. Solamente los ciegos de espíritu no ven la terrible amenaza que pesa sobre nuestra Patria—y cuando digo patria no me refiero a Honduras sino a Centro América—; solamente los pesimistas abúlicos, los compatriotas cogidos por criminal indiferencia, los que no piensan, los que no leen, los que no viajan, los que no sondean el futuro, no miran levantarse agresiva la despótica garra de hierro, abierta sobre nosotros desde la Casa Blanca de Washington, que de símbolo preclaro de la Libertad, se ha convertido, para las pequeñas nacionalidades del Caribe, en siniestro emblema de destrucción y de muerte.

III. Debo declarar ampliamente que mi campaña de autonomía no va contra el pueblo norteamericano sino contra sus Gobiernos imperialistas, contra sus clases dirigentes, contra sus banqueros rapaces. Dos veces he visitado los Estados Unidos, estudiando su monumental progreso, su vasta capacidad civilizadora, su prepotente energía material, única quizá, en los siglos y en las razas. La formidable

nación que rectificó la Naturaleza partiendo el Continente, y que ha conmovido al mundo con el estruendo de sus vapores y de sus máquinas y de sus fábricas; la tierra pujante del trabajo, sonando victoriosa como una hiperbólica colmena; tierra del invento y del milagro; metálica tierra sudando oro y petróleo; comarca de prodigio, resplandeciente en el apogeo de su gloria y de su poder, produjo en mí, apto para el perfecto juicio sobre los supremos esfuerzos de los hombres, un sentimiento de excepcional admiración.

IV. Por otra parte ¿cómo podré olvidar jamás, yo, que nací poeta hasta la íntima raíz del organismo, con una idiosincrasia propicia a todos los dolores y placeres de la meditación y del pensamiento; que he sentido intensificarse mis años dentro de esta luminosa vocación imperativa, que constituye mi vida entera; cómo podré olvidar jamás que en los Estados Unidos fulguró mágicamente el genio de Poe, el máximo poeta de las Américas, zahorí maravilloso, altísimo soñador de sobrehumanos sueños, que labró su obra en las negras canteras del Misterio y abrió una de las puertas de la Eternidad ante la angustiosa incertidumbre humana; y el estro ciclópeo de Walt Whitman, férreo cantor de los vastos elementos, de los truenos y las montañas, del huracán y del mar; vértebra resonante de la Naturaleza, que con su salvaje energía puso voces proféticas en la garganta de los leones e hizo bramar las selvas y gemir en sus versos a las cosas inmóviles; y de Longfellow, impregnado de quimera y de melodía; y de Emerson, el profundo pensador; y de cien domadores de la palabra lírica o de la idea en sus matices múltiples, antiguos y modernos y contemporáneos, entre estos muchos que son mis amigos fraternales en la canción y en el ensueño?

Estos fuertes vínculos de cerebración y de espiritualidad me unen a una parte, quizá la de más valía, del

complejo conglomerado norteamericano; y no es a ese núde o selecto, comprensivo de los verdaderos destinos de su raza, a quien irá nunca el más ligero de mis reproches; ni al pueblo de los Estados Unidos, sano y generoso en su gran mayoría, e ignaro de las drásticas agresiones de sus Gobiernos. No, no es al clásico país, de la libertad, a la República modelo que asombró al universo con sus sencillas prácticas democráticas, cuando la regían los inmortales varones que se llamaron Washington, Jefferson, Lincoln, a la que apostrofo, en nombre de la Justicia, sino a sus Gobiernos de los últimos lustros, que olvidando sus nobles tradiciones, se han convertido en feroces padrastrós de los pueblos débiles.

V. Ningún centroamericano en que vibre la más insignificante emoción de patriotismo, podrá reconocer jamás, el menor derecho, al Gobierno de los Estados Unidos, para inmiscuirse en nuestros asuntos internos. Si, desventuradamente, vivimos con el dicitario en los labios o con el rifle al hombro, destrozándonos como fieros enemigos, con la saña de los gallos de pelea, esto sólo nos incumbe a nosotros y nada le importa de ello a ninguna nación extranjera. Que no se nos diga, cínicamente, que acude en nuestro auxilio por piadosa humanidad, pues lo cierto es que tal ayuda es interesada, nacida de un instinto pirata. Y aun cuando no fuera así, sería ignominiosa para nuestro civismo y atentatoria para nuestra soberanía. Somos nosotros, y solamente nosotros, los que debemos buscar el remedio a nuestros males de ambiente y de raza y no los extraños y los entrometidos.

VI. Tenemos el deber imperativo, dentro de la amplia órbita del derecho y la libertad, de oponernos, con todas las fuerzas de nuestro patriotismo, a la aprobación por el Congreso, no de todos los Pactos de Washington, sino del que lleva firmas norteamericanas—que son humeantes marcas de fuego sobre nuestra piel de hombres libres—y de los artículos que, en algunos de los otros, laceran nuestra autonomía. He estudiado detenidamente esos pactos; y el peligro que encierran está

(1) Este discurso iba a ser leído (al discutirse, en último debate, los Pactos de Washington) en el recinto de la barra del Congreso o en el Parque Morazán.